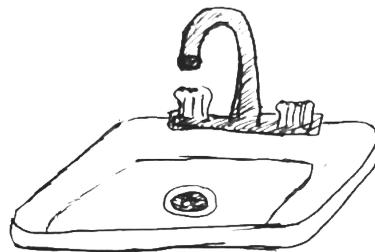


E l r i t u a l d e l a c o c i n a  
E l r i t u a l d e l a c o c i n a  
E l r i t u a l d e l a c o c i n a  
r i t u a l l a c o c i n a  
r i t u a l l a c o c i n a  
r i t u a l  
r i t u a l

Para todas las mujeres que están fuera de lo establecido.  
Las que preguntan, las que comentan, las que no quieren,  
las que buscan, se re significan y se aman. Para ellas  
siempre tendré amor y respeto.

Gracias a mi mamá, papá, abuela y hermano por el cuidado, la enseñanza, el apoyo y la comprensión en mi camino como artista. A mi amiga Tatiana Piratova por su participación constante en este proyecto. Agradecimientos especiales a la Maestra Cristina Figueroa Palau, quien ha sido una persona fundamental en mi proceso creativo y personal.





Universidad El Bosque

Facultad de Creación y Comunicación

Programa de Artes Plásticas

**“El ritual de la cocina”**

Natalia Del Pilar Gómez Machado

Asesora: Cristina Figueroa Palau

Mayo de 2019

“Yo, como chica, soy más bien King Kong que Kate Moss. Yo soy ese tipo de mujer con la que no se casan, con la que no tienen hijos, hablo de mi lugar como mujer siempre excesiva, demasiado agresiva, demasiado ruidosa, demasiado gorda, demasiado brutal, demasiado hirsuta, demasiado viril, me dicen.”

**Virgine  
Despentes**



<b>8</b> <b>1</b>	La enunciación.	10
<b>2</b>	De atrás hacia adelante	16
<b>3</b>	El nido	23
<b>4</b>	La concepción	30
	El ritual de la cocina	34
	Primera etapa	35
	Segunda etapa	37
	La obra	40
	Bibliografía	43

# TENIDO

CON-

# La enunci- ación



**E**n este texto se entrará de la forma más blanda a mis frágiles entrañas que han tragado por tanto tiempo historias, las han tejido y las han creído. Ahora es el momento de depurar estos relatos, para que sean escuchados y sean visibles de una forma que está comprometida con otras voces femeninas y sus vidas.

El cuerpo es un recipiente que está en constante transformación. Cada suceso en la vida hace que se creen historias que se alimentan del contexto donde se vive, las labores que se realizan, quienes rodean al sujeto, lo que se le permite y lo que no, dependiendo del sexo, la raza, la religión, entre otras variables.

Lo que pasará al transcurrir de este texto es el destilamiento de unas realidades ya vividas u observadas desde mi posición como mujer. Estas historias hacen parte de una figura femenina que la mayoría podemos reconocer desde el nacimiento. Esa mujer es la madre, a quien se le ha otorgado el papel de pilar del hogar y lleva a cuestas trabajos de grandes magnitudes que le heredan a sus hijas, esas “obligaciones” asignadas por un solo motivo, ser mujer.

C O N -  
C I E N C I A

    Mi voz  
        no es solo la mía,  
        no solo es la del sarcasmo,  
        la del llanto, o de la ira.  
    Aquí no hay una sola realidad,  
        no es un solo relato,  
        no es una sola escena,  
        no es un solo momento,  
        no es un solo sujeto.

    El dolor nunca se vive desde el mismo  
        punto.  
    Las preocupaciones no son las mismas.  
    Las mujeres son cambiantes como la  
        naturaleza.

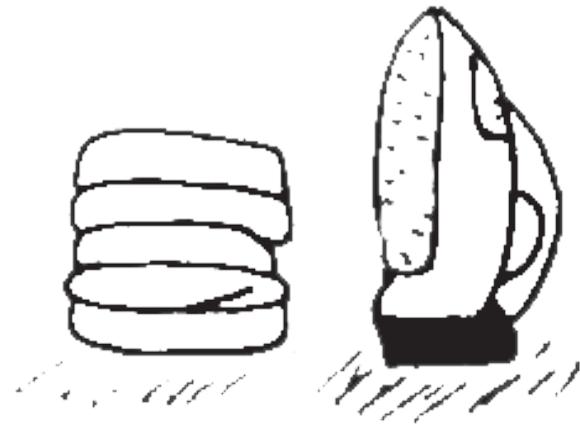
    Por eso mi voz  
        es el micrófono de muchas más.  
        Es la proyección  
        de las realidades mezcladas.  
    Una creación que no tiene sentido sin  
        las demás.

El cuerpo se satura, necesita evacuar las experiencias que vive, gritar, hablar, alzar la voz. En el caso del rol de ama de casa, se podría pensar que no es mucho lo que puede pasar dentro de una casa, un cuarto, un solo lugar. Pero pasa, siempre pasa más... más de lo que uno puede imaginar. Estos cuerpos a los que se les enseña que el sufrimiento no es opcional sino que es una realidad, tragan tantas experiencias que desatan dolor y represión. Esas ganas de gritar, de correr, de escapar, de avanzar, borrando todas esas reglas impuestas para lograr ser autónomas y libres son las que mueven a estos relatos a no quedarse encerrados, sino a salir al mundo y ser encarnados, ya no solo desde la memoria de quien los vivió, sino en otras formas, palabras, objetos, lugares, y acciones que darán vida a ese dolor.

El hogar, este espacio del mundo que la sociedad patriarcal ha designado a la mujer, “donde se ve representado lo femenino como el adentro (interior), en contraposición a lo masculino que tiene una relación con la ciudad (Exterior)” (Matas y Luque, 2010, p.48). Esto es lo que vemos en la cotidianidad: la mujer en la casa, a cargo del cuidado de los niños, la alimentación y los quehaceres del hogar, mientras el hombre está la mayor parte de su tiempo en el trabajo, proyectando su papel de proveedor. “Al espacio interior se le añadirá los atributos de intimidad recato, dependencia y debilidad, mientras que el espacio exterior se le atribuirán ideas de liberación, autoridad, virilidad y dominio” (Amann, 2005, p.79). Estas posiciones patriarcales son algunas de las que han estancado la emancipación y el empoderamiento de la mujer, las particularidades que se le han atribuido de obediencia y sumisión son solo una farsa para controlar su poder.



De  
atrás  
hacia  
adelante



**S**iempre le hago preguntas a mi abuela sobre cómo fue en su niñez y juventud. Ella siempre dice lo mismo “antes nosotros no teníamos niñez, uno desde chiquito aprendía a cuidar a sus hermanos, a lavar y a cocinar” Mi abuela es esa representación de muchos relatos de dolor, pues desde los siete años empezó a trabajar para gente de dinero, se escapó cuando su mamá (mi bisabuela) la dejó donde los “patrones” para que les cuidara su hijo que era un bebé. Ella no quería cuidarlo (tampoco debía) y como buena mujer rebelde se escapó. Ese día tomó un bus, le preguntó al chofer que si pasaba por su pueblo, pagó con los veinte pesos que le habían dado para comprar la leche y se fue a su casa, cuando llegó su mamá le dio una tunda que aún hoy recuerda.

En su casa aprendió la crianza de los niños, cómo lavar la ropa y cocinar. Hacer estas labores día tras día con perfección absoluta pero sin ninguna remuneración. Después de eso a sus dieciséis años conoció tal vez no al amor de su vida, pero sí al hombre con el que se casó y conformo una familia, mi abuelo, un gran sujeto como abuelo y papá, como pareja tal vez fue muy diferente la historia. Mi abuela nunca se dejó poner un dedo encima decía, que las veces que mi abuelo le intentó pegar, el diablo se le aparecía en forma de objeto y cualquier cosa que tuviera frente a ella se lo mandaba por la jeta. De ahí nacieron cuatro hijos, tres mujeres y un hombre que por situaciones de la vida falleció. Así pues el hogar quedó conformado por cuatro mujeres y un hombre. Las crío, como a ella le habían enseñado y un poco más.

Mi mamá, de las tres hermanas es la de la mitad. Ella siempre ha dicho “a mi desde pequeña me tocaba hacer la comida, lavar, estudiar, y tenerle todo limpio a su abuela para que se fuera a trabajar. Antes a ustedes no les ha tocado así” (no me ha tocado así, pero me ha tocado...). De igual forma desde pequeña empezó a realizar labores domésticas casi como instrucciones que debía tener incluidas en su ser. Ella es una mujer de carácter fuerte, hermética y sensible. Toda mi vida la he visto la mayor parte del tiempo en la cocina, es el lugar de reunión con sus amigas, el del llanto, de la reflexión, la ira y el calor de mamá. Mi madre ha sido un ejemplo de las labores de ama de casa, esas cosas a las que me niego, no porque esté en contra de su persona o de las que realizan estas actividades, sino porque a través de mi vida he podido ver que no es algo que deseo.

“La casa no es solo espacio delimitado por muros, sino que también es un territorio moral” (Sánchez, 1990, p.125). Es decir, que no quiero seguir con las desdichas heredadas, la aceptación de la casa como mi único lugar de existencia. En resumen, no pretendo hacer parte de unas dinámicas que suprimen la voluntad solo porque un territorio como lo es la cocina se estableció como “adecuado” por ser mujer.

M i  
m a d r e

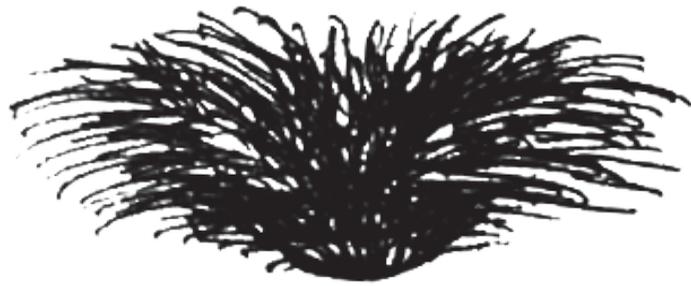
    Mi madre cree que por ser mujer  
estoy antojada todo el tiempo de cocinar,  
    que debo saber lavar,  
        planchar,  
    atender a los demás.

    Lo que yo veo es que a mi madre no la  
        atiende nadie más.  
Ella busca ayuda y la erradica también.

    Mi madre es una mujer fuerte  
pero aunque mi madre sea fuerte  
yo no quiero ser como mi madre.

Desde que era pequeña nunca me gustó barrer, lavar o hacer oficio. Los domingos de aseo me producían tedio y un escozor en la piel. Lavar los platos, limpiar el polvo, tender las camas, limpiar la mesa, aspirar, etc.

Mucho tiempo atrás éramos cuatro manos las que le ayudaban cotidianamente a mamá con los quehaceres del hogar. Pronto todo se fue transformando y dos de esas cuatro manos adquirieron más libertad tal vez porque eran mayores, o porque simplemente eran las manos de un hombre. Así que, las únicas manos que se quedaron ayudando fueron las mías. Al principio lo acepté, decidí que no estaba mal, que no tenía nada que ver conmigo, pero después todo fue cambiando, mis manos se dieron cuenta que simplemente debían obedecer por ser la otra mujer del hogar. Muchas han sido y serán las discusiones por las que mi cuerpo ha tenido que pasar para demostrar que no soy un objeto más de la casa.



El

nido

“E

l nido es sin duda para el pájaro, una morada suave y caliente, es una casa para la vida: sigue cobijando al pajarillo que surge del huevo. Para el pájaro que sale del huevo el nido es un plumón externo antes que la piel desnuda reciba su plumón corpóreo.” (Bachelard, 1965, p.111). El hogar es ese nido donde se supone que debemos encontrar el confort, el amor y el cuidado, funciones que se conciben como femeninas según los parámetros del patriarcado. Dejar el nido, que en este caso está representado como el hogar o la familia tradicional, hace que el sujeto abandone el confort y se encuentre con la libertad. Para las mujeres esta concepción es más compleja debido a que la sociedad implanta cierta simpatía hacia el hogar, el resguardo y la seguridad que este brinda.

Desde hace siglos a la mujer la han sometido a una esclavitud imparable. En el siglo XVII “si una mujer cosía algunas ropas se trataba de «trabajo doméstico» o «tareas de ama de casa», incluso si las ropas no eran para la familia, mientras que cuando un hombre hacía el mismo trabajo se consideraba «productivo»” (Federici, 2019 p.150). Las tareas domésticas se han visto subvaloradas, no son consideradas un trabajo debido a que son repetitivas y para realizarlas no es necesario tener ningún tipo de conocimiento. Estas determinaciones se dan desde un discurso patriarcal donde no se ejercen estas acciones, solamente alguien que nunca ha fregado una camisa, cocinado, o cocido un botón podría tener este desprecio a las acciones que ejecuta un ama de casa.

“En los países pobres en vías de desarrollo, las mujeres son condenadas a la esfera doméstica: efectúan el 90% de las tareas domésticas. Preparan la comida, traen el agua, lavan la ropa de la familia (...) además de laborar a veces en el sector informal o formal de la economía” (Thomas, 2006, p.36). Doble y hasta triple jornada laboral, atender a los niños, a los abuelos, al marido, son cosas que supuestamente debe hacer sin descanso un ama de casa, aun cuando debería descansar de su otro trabajo que sí es remunerado. Como afirma Silvia Frederecci en *Caliban y la bruja* “todo el trabajo femenino que se hacía en la casa fue definido como «tarea doméstica»; e incluso cuando se hacía fuera del hogar se pagaba menos que al trabajo masculino, nunca en cantidad suficiente como para que las mujeres pudieran vivir de él”. El rol de ama de casa no se considera como un trabajo, se identifica más bien como una obligación que se adquiere al momento de conformar la familia, un “deber” únicamente femenino.

L a  
o l l a

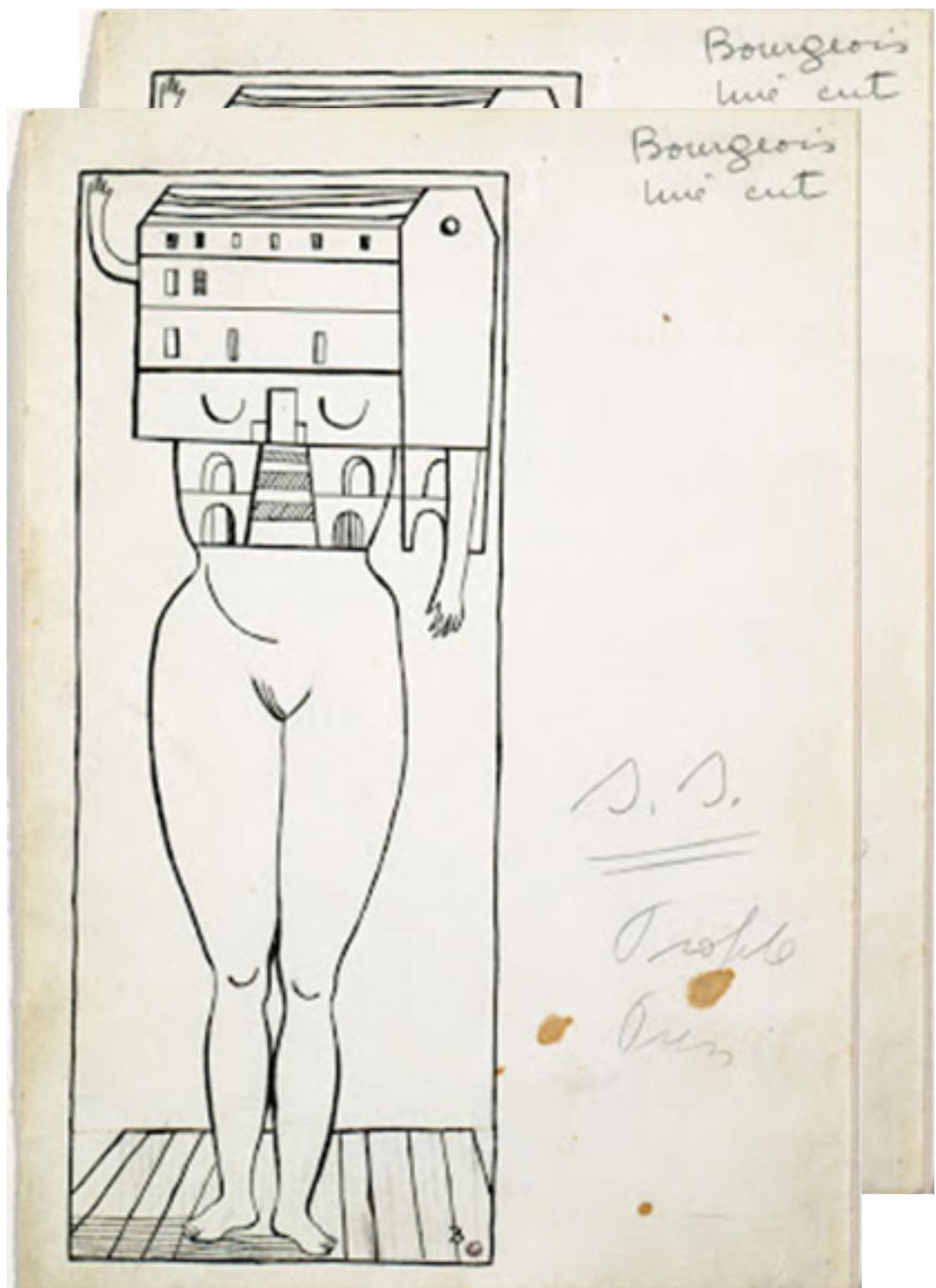
Ese caldero que me regalo mamá,  
que ha visto todos mis guisos,  
que ha probado la comida más suculenta.

Esa olla es mi retrato,  
quemada,  
mal trecha,  
pero con cualidades únicas.

Soy la olla  
esa que mi marido raspa cuando tiene hambre,  
pero que ignora si no hay nada en su interior.  
Esa olla que alimenta a mis hijos,  
a quienes no les gusta lo que les preparé hoy.

La tarea de lograr desarrollarse en lugares que no se relacionen con el cuidado de un espacio doméstico o los sujetos que lo habitan es complejo. La mujer ha sido destinada al encierro, a desarrollar síndrome de Estocolmo y amar a sus captores por encima de su amor propio o de su bienestar. La han condenado a la cocina y a la esclavitud sin ningún acceso a una remuneración por esta labor, su recompensa es el amor de su familia. Se supone que todo lo hace con amor, la comida, la limpieza, el cuidado, todo tiene ese estímulo con el que siempre la asocian y la chantajea. Todo con amor sabe mejor.

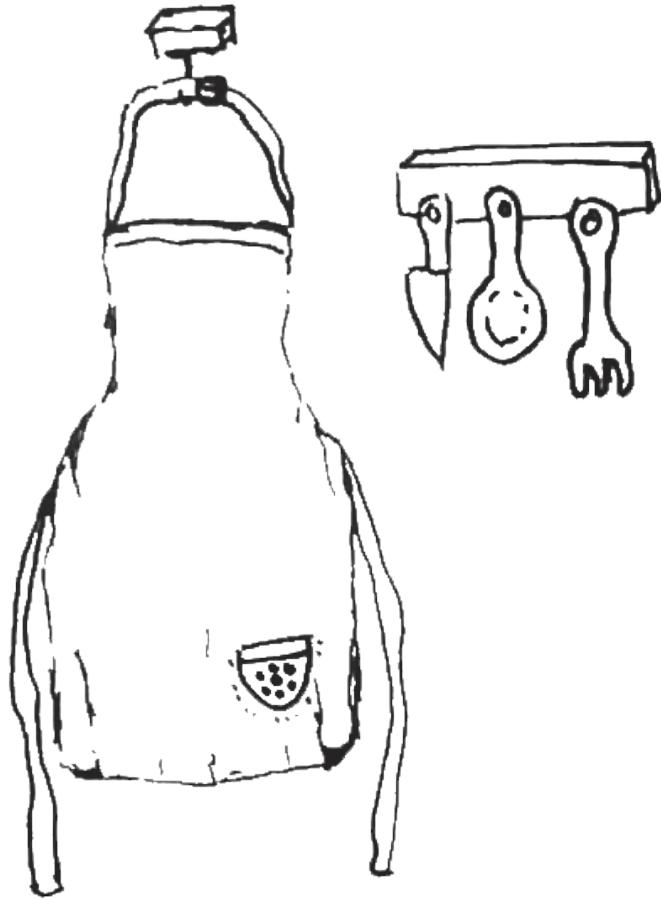
A la mujer se le ha fusionado con la casa, casi como si una dependiera de la otra, la han vuelto un híbrido entre inercia y vida, tal como en el dibujo de Bourgeois "Mujer casa".



Louise Bourgeois. "Femme Maison" 1946-47. Tinta sobre papel. 23,2 x 9,2cm.



# La concep- ción



“Probably more than most artist, women make art to escape, women artist who do focus on domestic imagery often seem to be taking off from, rather than getting off on, the implications of floors, and brooms and dirty laundry.”

**Luci R. Lippard**



# EL RITUAL DE LA COCINA

**P**artiendo de todas las reflexiones dadas en los anteriores capítulos se da mi proceso plástico para la creación de EL RITUAL DE LA COCINA. Este proceso ha pasado por una constante metamorfosis, una búsqueda de preguntas que surgen de cada experimentación. Cada proceso plástico ha llevado al otro y estos a su vez se han entrelazado con referentes de otras obras que han alimentado el proceso de creación. Cabe aclarar que esto no es un paso final en ningún momento, por el contrario es un inicio de lo que espero sea un largo recorrido para la resignificación de los diferentes roles han sido designados a las figuras femeninas.

# P r i m e r a e t a p a

Las primeras experimentaciones que se dieron fueron partiendo de poemas escritos por mí. En estos se manifestaban situaciones, lugares, y emociones de mujeres dentro de su hogar, ejecutando los oficios de la casa como planchar, barrer o cocinar. Dentro de las características de los poemas se contaba con sentimientos de ira, dolor y sátira. Sor Juana Ines de la Cruz en su poema Hombres necios que acusáis, describe los escenarios a las que las mujeres han sido llevadas por las imposiciones masculinas. Este referente alimentó mi primer acercamiento con la escritura de poemas y los roles a los que han sometido la mujer.

Dentro del proceso fui asumiendo que esos poemas no solo debían quedarse dentro del formato de una hoja, para mí era importante que salieran al mundo y tuvieran una corporalidad. Esta creación de poema como cuerpo y poema desde el cuerpo necesitaba una materialidad. En esta etapa contaba con un primer elemento plástico que era la palabra. El performance de Faith Wilding llamado Wating (1972) es la proclamación de un texto en el cual se describe la espera constante por la que pasa una mujer desde su nacimiento hasta su muerte. La acción de Wilding es un referente de cómo el texto puede poseer un cuerpo desde la voz y el movimiento.



Faith Wilding, performance "Waiting". Womanhouse 1972.  
Recuperado de: Art and feminist (2012).

# S e g u n d a e t a p a

En toda la casa la mujer realiza labores domésticas, pero hay un lugar específico dentro de esta donde la sociedad patriarcal la ha confinado, la cocina. En el acercamiento a este espacio de la casa, surge mi primer contacto con un lugar en el que se podía desarrollar la corporalidad que estaba buscando con mis poemas. Martha Rosler es un referente principal en mi proceso creativo, en su performance *Semiotics of the Kitchen* (1975) se ubica la cocina y va tomando los objetos que hacen parte de esta, explicando su uso por medio del cuerpo.

Otra experimentación plásticas fue escribir en un objeto representativo de la cocina como lo es el delantal. Tome uno de estos escribí la frase “Hoy no quiero amamantar” aunque dentro de esta experimentación había una insinuación de cuerpo y contaba con el elemento plástico de la palabra aún no había una corporalidad condensada.

En la cocina comencé a prestar atención a las labores, los objetos y como estos se relacionaban con el cuerpo, los ruidos que aparecían con cada acción como lavar los platos, licuar, y el ruido ambiente de este espacio. No quería una escenografía de una cocina, para mí era importante que el lugar donde se realizara la obra fuera real. La cocina de mi casa es un territorio que hace parte de mi cotidianidad así es como empiezo la experimentación a través del vídeo, el performance, la voz, el espacio y los objetos con los que se relaciona el cuerpo. En el primer vídeo el encuadre era del lava platos de mi casa con trastos sucios, yo abría y cerraba la llave dejando el agua correr, en edición ponía mi voz enunciando un poema y la letra mientras se reproducía el vídeo.



Martha Rosler, video performance "Semiotics of the Kitchen" 1975.  
Recuperada de: Arte y Feminismo (2008).



Exploración plástica “Hoy no quiero amamantar” acrílico sobre delantal 1m x 50 cm.

# L a o b r a

La pieza final se compone de dos vídeos, los encuadres de estos son de el lava platos con trastos sucios y el mesón de la cocina con la licuadora. En la imagen también aparecen dos cuerpos en cada extremo estos forman una tensión centrando el objeto que sé está manipulando. En cada vídeo ocurre la misma acción con dos textos diferentes, dos voces y dos cuerpos proclamando de forma repetitiva cada poema. El sonido constante de las voces hace énfasis en la corporalidad y la palabra, elementos plásticos importantes dentro del proceso creativo.

Así mismo resalta lo ritual como un concepto de acción repetitiva y cíclica como lo son las labores del hogar. “El trabajo doméstico es pariente cercano del ritual: es una secuencia de actos repetitivos que contribuyen a proporcionar una sensación de salvación (...)” (Sánchez, 1990, p.140). Las voces son una proclamación de la repetición que sufre el poema, las labores domesticas enunciadas en este y las acciones que se realizan durante el performance. El sonido de la llave y la licuadora son la representación de la represión, el silenciamiento de la voz femenina y una lucha constante por una mejor posición.









# Bibliografía

Tigueros, M. T, (2008). Arte y feminismo. España. Editorial Nerea.

Amann, y A. A, (2005). El espacio domestico: la mujer y la casa. España. Recuperado de: [https://www.casadellibro.com/libro-el-espacio-domestico-la-mujer-y-la-casa/9789875843554/1897066?wgu=8941\\_16644\\_15559989086632\\_035398b98a&wgexpiry=1563774908&ca=21394&utm\\_source=webgains&utm\\_medium=RedAfilacion&utm\\_campaign=21394&utm\\_content=ND](https://www.casadellibro.com/libro-el-espacio-domestico-la-mujer-y-la-casa/9789875843554/1897066?wgu=8941_16644_15559989086632_035398b98a&wgexpiry=1563774908&ca=21394&utm_source=webgains&utm_medium=RedAfilacion&utm_campaign=21394&utm_content=ND)

Bachelard, G, (1965). La poética del espacio. México: Fondo de cultura económica.

Dalla C. M, Y James, S, (1972). Las mujeres y la subversión de la comunidad. México.

Despentes, V, (2007) Teoría de King Kong. España. Editorial Melusina.

Federici, S, (2010) Caliban y la bruja. España. Edición Traficante de Sueños.

Lippard, R. L, (1995). The Pink Glass Swan, selected feminist essays on art. New York. The New Press.

Matas, F. R, y Luque R. L, (2009). La mujer en el espacio pintado: de la Edad Moderna a la Contemporánea. Recuperado de: [https://www.academia.edu/31962229/La\\_mujer\\_en\\_el\\_espacio\\_pintado\\_de\\_la\\_Edad\\_Moderna\\_a\\_la\\_Contempor%C3%A1nea](https://www.academia.edu/31962229/La_mujer_en_el_espacio_pintado_de_la_Edad_Moderna_a_la_Contempor%C3%A1nea)

Reckitt, H, (2012). Art and feminism. New York. Phaidon Inc Ltd.

Sánchez, P. F, (1990). La liturgia del espacio. España. Editorial Nerea.

Thomas, F, (2006) Conversaciones con violeta. Colombia. Editora Aguilar.